mond anunciaron que vivirían en sus tierras. Decíase en la Corte que la duquesa había devuelto al rey las joyas que la había enviado cuando se casó. « Ella ha dado un buen ejemplo » escribía Pepys (1), que hacia esa época señalaba en su diario las nuevas calaveradas del duque de York. Este último había cortejado vanamente á Mma Midleton « pero, agrega Pepys, tiene otras muchas y siempre las ha tenido. Le llevaban mujeres á su gabinete de Whitehall, y algunas veces se levantaba de la cama de la duquesa para ir á buscar á otras mujeres que le esperaban ya acostadas.» M. Brouncker no era el único agente de sus amoríos. Toda su familia se ocupaba en lo mismo y era capaz de todo por agradar al duque. Con una vida tan escandalosa, sus asuntos se encontraban en gran desorden (2). Los amigos habían organizado su casa, coches y criados, tomando como modelo la de los príncipes de Francia, contra todas las reglas y preceptos observados en Inglaterra por los hermanos del rey (3); es verdad que gastaba 60 000 libras esterlinas por año, aunque no tenía más que 40 000 de renta. La duquesa de York había adquirido muy pronto los modales de una princesa de sangre. « Más bien exageraba un poco, dice Burnet (4). » No era únicamente la mujer más derrochadora del mundo sino la más orgullosa. Viviendo de crédito, el duque y ella andaban siempre escasos de dinero. Mientras el canciller estuvo en el poder, los amigos del hermano del rey imputaban á aquel la culpa de estas estrecheces, diciendo que de querer le habría podido dar todo el dinero que le hacía falta (5). Buckingham empleó toda clase de procedimientos contra el hombre á quien deseaba arrojar del poder. En Junio de 1667 se vió encarcelado á consecuencia de sus intrigas.

La condesa de Castlemaine le defendió á capa y espada, llegando á importunar al rey de tal manera que éste último la llamó extravagante y la rogó que no se mezclase en cosas que no la importaban (1). Corrió entonces el rumor de una ruptura, pues el rey se había abstenido, durante varios días, de ir á su casa. Lady Castlemaine estaba encinta y Carlos II la había dicho que sabía muy bien que no era el autor de aquella criatura. « Lo reconoceréis, le dijo ella con mohin desdeñoso, sea quien fuere su padre. » La condesa de Castlemaine no la había ocultado que estaba enamorada de Jermyn y celosa de lady Falmouth con quien aquel se iba á casar (2). Decíase en la Corte que Jermyn había sido su amante y que el rey estuvo á punto de sorprenderlo en casa de su querida pero se ocultó debajo de la cama (3). Después de la escena que había estallado entre ambos, á propósito de Jermyn, la dama hacía pagar caras las complacencias que tenía con Carlos II. Le había obligado á que la pidiese perdon de rodillas y le había amenazado con llevarle todos sus bastardos á la puerta de su cuarto (4). Después se marcharía á Francia, porque, mientras el canciller, su enemigo jurado, estuviese en el poder, no sería posible la existencia en tierra inglesa para ella.

Así, pues, el viejo Clarendon fué la víctima de la reconciliación. En la alcoba de la condesa y en el lecho, aunque era mediodía, se convino que el canciller saliese del gobierno. Hizo que le llamase el rey á una de las habitaciones vecinas y cuando el infortunado canciller atravesó el jardín de Whitehall, la condesa se precipitó de su cama y corrió en camisa hacia la pajarera dando grandes palmadas por la caída del ministro. Varios pajes de la Corte que estaban allí, esperando la salida de Clarendon, fueron recibidos en

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 16 de Abril de 1667.

<sup>(2)</sup> Clarendon. Memorias, II, p. 40.

<sup>(3)</sup> Burnet. Historia de Inglaterra, I, 338.

<sup>(4)</sup> Diario de Pepys, 23 de Junio de 1667.

<sup>(5)</sup> Glarendon, Memorias, II, 40.

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 29 de Junio de 1667.

<sup>(2)</sup> Diario de Pepys, 29 de Junio de 1667.

<sup>(3)</sup> Diario de Pepys, 30 de Julio de 1667.

<sup>(4)</sup> Diario de Pepys, 7 de Agosto de 1667.

audiencia en este singular traje y aceptó sus felicitaciones (1).

Después de la partida del canciller el rey siguió una vida mucho más disipada. Estando de caza él, el duque de York y los principales cortesanos, en las posesiones de lord Car-



La condesa d'Ossory, hija de lord Ormond. Retrato por Wissing, grabado por E. Scriven.

teret, en Crambourne, bebieron tanto que se embriagaron entonces Armorer, que estaba borracho, se aproximó al rey y le dijo: «; Voto al diablo! señor, no estimáis tanto al duque de York como en otro tiempo. Eso es falso, dijo el rey -; y bien! ; bebamos á su salud! -; bebamos! ; bebamos! repitió el rey. Armorer se puso de rodillas y bebió, el rey á su vez disponíase á beber. « De esa manera no, dijo

Armorer, ¡derodillas! » El rey obedeció, y su séquito siguió su ejemplo, después, todos borrachos, lanzaron gritos de alegría y se arrojaron unos en brazos de otros. El rey abrazó al duque de York, el duque de York abrazó al rey y toda la banda pasó la jornada en una completa orgía (1). Difundióse el ruido de que Lady Castlemaine estaba muy enamorada de Jacobo Hall, famoso equilibrista en la cuerda floja. Recibíalo lady en secreto y hasta le visitaba algunas veces. Le abrumó á regalos y Berk Marshall (2) servia de intermediaria á sus amores, al mismo tiempo que

protegía los del rey con Mma Davis que bailaba la jiga ó cantaba, acompañándose con la guitarra todo un repertorio de canciones obscenas (3). Era la primera aventura que el rev tenía en el mundo galante del teatro donde debía tener más de una aventura durante los años siguientes. Moll Davis no temía cambiar miradas con Carlos II, aún delante de la condesa de Castlemaine. Muy pronto el rey pensó



Madama Middleton.

Retrato por Peter Lely, grabado por Thomas Wright.

en retirarla del teatro del duque de York; ella había inten-

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 27 de Agosto de 1667.

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 23 de Septiembre de 1667.

<sup>(2)</sup> Había dos Marshall en el Teatro del Rey. Nos referimos à las hijas de Estefano Marshall, el gran presbiteriano.

<sup>(3)</sup> Mary Davis había hecho la conquista del rey cantando la balada: Mi lecho es la fria tierra. Downes dice: « El rey levantó á la cantante de su frío lecho para colocarla en la cama real. » Pepys la encuentra mejor como bailadora de jiga.

tado también introducirse en Whitehall. « En la representación celebrada en la Corte, la otra noche, escribe Pepys el 31 de Mayó de 1668, la reina se retiró cuando M<sup>ma</sup> Davis salió para bailar la jiga, pues no quería, dicen, soportar la presencia de la querida del rey. » No había hecho más con Lady Castlemaine. Esto probaba que lady Castlemaine estaba abandonada, ésta última, deseando asegurarse un poco de libertad entregó al rey, para que pasase el tiempo, á una de sus amigas, la hermosa Wilson, que no tardó mucho en quedar embarazada (1).

A todo esto la duquesa, de Richmond, desistiendo de su primer propósito de vivir siempre en el campo, había venido á instalarse en Sommerset House con su marido. Se la iba á ver atraidos por su belleza, como se iba por la noche á las recepciones de la reina (2). Después anunció el proyecto de volver á aparecer en la Corte. Mma Hervey intercedió en la reconciliación y « el hombrecito fantástico que se llama Cupido » condujo al rey hacia aquella que había huido de él. Recibíale varias veces, compró Barkeshire House y obtuvo, por una orden privada, 5 000 libras para pagar su adquisición (3). Después del casamiento, dicen que Carlos II no pudo quejarse de su falta de complacencia. Desgraciadamente, dos años después tuvo la viruela y, aunque no la dejó desfigurada, su rostro tenía huellas que alteraban su maravillosa belleza (4). « No tiene muchas pintas de viruela, escríbía Carlos II á su hermana y os confesaré que esta enfermedad ha sido causa de que la perdone todo lo pasado. La deseo todo el bien posible-No creo se desfigure mucho, sobre todo cuando tenga me. jor el ojo, porque todavía le supura mucho, pero creo que lo peor ha pasado ya. » Su marido por el contrario, quedó completamente desfigurado, lo que el rey hace notar con

cierta complacencia. El cargo de dama de cámara de la reina, había llegado á ser el puesto obligado de las queridas del rey. Así, pues, la derrota de su virtud fué casi oficial cuando prestó juramento, para ocupar este cargo (1). Un día en que Carlos II estaba ébrio en casa de lord Downsen se alabó descaradamente, ante del duque de Richmond, de los favores que le había concedido la duquesa. Esto produjo gran escándalo (2).

La Corte estaba más loca que nunca. En Octubre del año 1668, ¿ no se vió á sir Carlos Sedley y á Buckhurst correr toda la noche médio desnudos por la calle, hasta que fueron detenidos y encerrados en un calabozo? Con escándalo de los ingleses, Carlos II salió á su defensa y

el gran juez Keeling envió á la carcel á los infelices guardias que los detuvieron. « Es una infamia », escribía Pepys que tenía gran respeto á la ley (3). En cuanto Carlos II salía de Londres en unión de sus compañeros de orgías, se podía estar seguro de que se embriagaba. Entonces se permitía toda clase de extravagancias. Un día, obligó á los músicos de Thetford á que cantasen todas las canciones obscenas que sabían. Otra vez, en Saxam, se embriagó de tal forma que no pudo conceder á Lord Arlington (4), la audiencia que le pedía. Llévanlo á su alcoba y el duque de York amonesta duramente á Bob May (5) por incitar al rey á tales diversiones, que por lo demás, están á la moda, desde

que la burguesía puritana ha sido descartada y desde que

los presbiterianos y católicos son perseguidos. Después de

la Restauración existe una especie de reacción contra las

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 5 de Mayo de1 668.

<sup>(2)</sup> Diario de Pepys, 27 de Diciembre de 1667.

<sup>(3)</sup> Diario de Pepys, 7 de Mayo de 1668.

<sup>(4)</sup> Diario de Pepys, 7 de Mayo de 1668.

costumbres del Pretectorado y de la República. Grandes pelucas á lo Luis XIV han reemplazado á los cabellos

<sup>(1)</sup> Diario de Pepys, 6 de Junio de 1668.

<sup>(2)</sup> Jesse. Memorias, III, 228.

<sup>(3)</sup> Diario de Pepys, 29 de Octubre de 1668.

<sup>(4)</sup> El conde de Arlington, primer secretario de Estado y gran chambelan de Carlos II, tenía mucha influencia en la Corte.

<sup>(5)</sup> Bob May (Bautista May) era tesorero de caja privada del rey y el confidente de todas sus aventuras.

cortos. Los puritanos habían prohibido el juego, ahora se juega y además se hacen trampas; habían desterrado el vino, ahora la gente bebe y se emborracha. Estaba prohibido jurar, pues al presente se jura á cada momento lo mismo por Dios que por el diablo. Por todos lados florecen sociedades de placer. Háblase de los ballers que se reunian para danzar in naturalibus. Después de las orgías de la noche, se corría por las calles, se apaleaba á las rondas, amenazando de muerte á los transeuntes, parando á las mujeres y algunas veces colgandolas con la cabeza hacia abajo. « Cuando la noche envolvía en tinieblas las calles, escribe Milton, entonces se lanzaban á la calle los hijos de Belial, llenos de insolencia y de vino. » El conde de Rochester y el duque de Buckingham son tan célebres en la Corte como hombres ingeniosos que como borrachos incorregibles. Carlos II, que los había echado de la Corte con motivo de una intriga, los vió en un mesón, en la carretera de Newmarkett sirviendo vino á unos carreteros y cortejando á sus mujeres é hijas. Encontró tan ingeniosa el rey la broma que los volvió á llamar. Sedley y Buckhurst comieron una noche en una taberna con Tomás Ogle. Depués de beber, se instalaron en un balcón, injuriaron á los transeuntes y les mostraron las nalgas. Sedley hizo más, se quedó desnudo y, como diría Rabelais, c... y m... bajo las narices de los transeuntes. La multitud aumentó, y le arrojó piedras é intentó apoderarse por asalto de la casa. Sedley fué condenado por sir Roberto Hyde, primer juez, á pagar una multa muy elevada. « Creo, esclamó alegremente el multado, que he sido el hombre que ha pagado más caro por hacer sus necesidades. » Pero no llegó á pagar, además, porque su amigo Killegrewe obtuvo que el rey hiciese efectiva la multa de su caja particular (1).

El séquito real está, por lo demás, desprovisto de escrúpulos. El conde de Oxford, viendo que una actriz no

quería rendírsele, M<sup>ma</sup> Marshall, muy conocida con el nombre de Roxana, hizo celebrar su matrimonio por un soldado disfrazado de sacerdote. Oxford se burló de su candidez y el rey, á los pies del cual se arrojó la dama para pedirle justicia, la concedió únicamente una renta como

indemnización (1). Buckingham, enamorado de la condesa de Shrewsbury, la coge por la mano y la conduce á su espléndida casa, hace subir á su mujer, Mary Fairfax, en un coche y la invita á que se vuelva á casa de su padre, el célebre general de la Revolución. En cuanto á Shrewsbury, á quien no ha parecido bien el rapto de su mujer, es muerto en duelo por Buckingham sin más explicacio-



Mary Davis.
Retrato por Peter Lely, grabado par R. Tompson.

nes. La condesa de Shrewsbury, disfrazada de paje, es quien tiene la brida de su caballo mientras se baten, y él se alaba de haber obtenido las caricias de su querida antes que le quitasen á Shrewsbury el ensangrentado traje (2).

Público y los Escritores de Inglaterra.

<sup>(1)</sup> Beljame. El público y los hombres de letras de Inglaterra, p. 3.

 <sup>(1)</sup> Hamilton. Memorias de Grammont, cap. XI.
 (2) Hamilton. Memorias de Grammont, cap. XII. — Beljame. El

El príncipe Ruperto, bravo hasta la temeridad, orgulloso y brutal, viéndose sin ninguna ocupación y detestando la vida de la Corte, se entregó al estudio de las matemáticas y de la química. Era un artista, y él fué quien inventó la media-tinta. No tiene más, que un placer : el teatro. Un día, ve á Margarett Hughes, comedianta de la compañía formada por el rey y querida más ó menos efimera de Carlos II, se enamora locamente de ella y viendo que resiste al dinero, según las crónicas, se casa con ella (1). Tiene varios hijos con la comedianta y vive feliz á su lado con gran escándalo de la Corte.

Carlos II es en esta época, más que nunca, el hombre de voluntad menos firme y el cáracter más voluble que se conoce en toda Europa. En su juventud había tenido como todos su época romántica y dirigía á sus queridas versos llenos de sentimiento y de melancolía « Paso todas mis horas en un viejo bosquecillo sombrío, dice á una de ellas, pero no vivo si pasa el día sin ver á la que amo. Miro á todos lados pensando que mi Filis se ha marchado y suspiro pensando en los instantes en que nos encontrábamos solos aquí. ¡Oh! no hay infierno comparable al tormento de amar demasiado!

« Pero cuando vuelvo á ver todos los árboles y bóvedas de verdura que nos abrigan, en donde algunas veces fuí feliz, en donde ella se mostró complaciente, cuando veo la huella que dejó su cuerpo en la hierba verde y pienso que el placer puede volver ¡oh! entonces creo que no existen alegrías superiores á las que proporciona el amor.

« Mientras que en mi soledad recuerdo todos estos encantos, la mujer que amo puede que se encuentre entre los brazos de otro; tal vez burlandose de mis tormentos y hasta que sea bastante pérfida para que diga á otro las dulces palabras que me dirigía. ¡Oh! cuando pienso esto me parece que no hay infierno comparable al tormento de amar.

« Pero cuando recuerdo su fidelidad, su inocencia y pura pasión y cómo su belleza estaba desprovista de artificio, temo haberla ofendido y tengo la esperanza de que me ame tan apasionadamente que esté celosa de mí.; Ah! entonces creo no existen goces superiores á los que proporciona el amor.»

Pero muy pronto se había hastiado de todo y no se impresionaba por nada. Era el hombre más traicionado del mundo, traicionado por sus gentileshombres, que ya habían vendido al padre; traicionado por las queridas que pagaba y por todos aquellos en quienes tenía confianza. No encontró fidelidad, salvo rarísimas excepciones, más que entre los pobres diablos que le habían dado asilo cuando huyó de Worcester, y aun no podía tener la seguridad de que estos sentimientos fuesen desinteresados, pues cuando volvió á Inglaterra conoció, mejor que nunca, la tarifa de las conciencias. Para él todo hombre ó mujer eran cosas que se podían comprar; la única diferencia consistía en que unos sabían cotizarse á buen precio y los otros entregaban la mercancía muy barata. Desde entonces, desprecia la adulación, porque las palabras no significan nada, y á la humanidad, que no tiene valor más que cuando se tiene necesidad de ella. Todas esas pomposas palabras de las que los demás se precian tanto, no se ponen jamás en su boca; ha perdido completamente la fé en ellas. No tenía más que un culto, el amor de sí mismo, pero su egoismo era humano. Le molestaba ver los sufrimientos, oir los gritos de dolor y hasta pensar que otros sufrían. Esas gentes á quienes desprecia cuando le rodean, están obligadas á poner el rostro satisfecho y contento. De ahí la innumerable cifra de parásitos que vivían á expensas de los demás. A estos les estaba permitido todo lo que no excediera de límites muy ámplios. Carlos II sabía muy bien que era el juguete de sus cortesanos, de sus favoritas y hasta de las doncellas de honor que se burlaban entre sí del viejo Rowley (1). Los momentos de alegría que podían

<sup>(1)</sup> Jesse. Memorias, II. — Hamilton. Memorias de Grammont, cap. XII. En nuestro tiempo se pone en este matrimonio, invocando el testamento del principe que se preocupó de la suerte de los bastardos.

<sup>(1)</sup> Llamaban de esta manera á un viejo macho cabrio criado en los

proporcionarle, el cuarto de hora de voluptuosidad, no le hacían ignorar que no podía esperar nada de ellos ni de ellas Así, pues, simulaba la dignidad con una elegancia sonriente y la sensibilidad con una prodigalidad increible. Títulos, colocaciones, dominios, secretos de Estado, gracias y perdones, todo estaba á la disposición de quien se lo pedía á la hora propicia. Tenía gustos dispendiosos, porque despreciaba el dinero tanto como á los hombres, y porque gustaba del arte y de lo bello por educación y el bienestar por naturaleza. Si las circunstancias le habían puesto en trances difíciles, era capaz de los más grandes y nobles esfuerzos. No ocupandose más que de sus placeres arruinó á Inglaterra, como Luis XV, al que se parecía mucho, arruinó después á Francia.

Mma Castlemaine tardó varios años, (porque era una cabeza destornillada), en descifrar el alma de su amante y cuando llegó á comprenderle, se dió cuenta de que ya no era amada y de que el monarca continuaba á su lado sólo por costumbre y por sus hijos bastardos. Al principio, las rivales la habían hecho sombra. A últimos del 1668, no podía ver que Moll Davis encendiese á Carlos II, sin ponerse encarnada como una cereza, sin duda más por lo público del insulto que por verdaderos celos de amor. Pero tuvo que sufrir no poco á este respecto. La duquesa de Richmond, en otro tiempo su amiga, cómplice y encendedora, la ha suplantado, y conoce que otras mujeres, tan instruidas como ella en la ciencia de la voluptuosidad, pueden, de un día á otro, hacer su aparición é interponerse en la vida del rey, pudiendo llegarle á ser tan imprescindibles como ella. Durante diez años, se aferra con todas sus fuerzas como la Pompadour al envejecer, pero termina por ceder su papel de querida efectiva para convertirse en la intermediaria de los licenciosos placeres del rey. En

jardines de Whitehall. Esta era el apodo que habían puesto á Carlos II. El rey lo sabía pero no se enfadó por ello. Una noche que pasaba cerca de las habitaciones de las doncellas de honor oyó cantar una coplilla en donde salía á relucir el viejo Rowley. Llamó á la puerta. « ¿Quién está abí? » preguntó una de las cantantes. « El viejo Rowley », respondió riendo el monarca.

otro tiempo arreglaba ó desarreglaba los ministerios en su lecho, pero ya en su decadencia, debe al influjo de las otras el título de duquesa de Cleveland y la obtención para sus dos hijos de los títulos de marqués de Southampton y

de conde de Northumberland (1). Tambien á las otras debelas pensiones, derechos sobre las granjas, derechos sobre el Post-office, la reversión de todos los arrendamientos, la reversión de todos los empleos de la aduana y de la cancillería(2). Lospoetas la embriagan con sus lisonjas y Dryden la comparaba á Catón: «En otro tiempo las virtudes de Catón lucharon contralos Dioses: estos concedie-



Madama Hughes. Retrato por Peter Lely (1677).

ron las preferencias á los vencedores, él se unió á los vencidos, pero vos, habéis hecho lo que no pudo hacer Catón. » ¿No fué ella quien hizo representar y triunfar una pieza de Dryden? Mas toda Inglaterra la maldice, tanto que no habrá sino otra mujer más maldecida que ella: la querida que va á compartir y á arruinar su imperio.

<sup>(1) 3</sup> de Agosto de 1670. - Forneron. Luisa de Keroualle, 44.

<sup>(2)</sup> Jesse. Memorias, III, según Marvell.